

# El proceso de duelo frente a situaciones de traumatismo extremo\*

*Lidia Fernández Rivas\*\**

El tema central de este texto, la represión política en Chile y sus efectos en los familiares de desaparecidos, convoca a pensar una problemática que ha recorrido y sigue recorriendo un amplio espectro de situaciones en diversos momentos sociohistóricos. Sus aportes van mucho más lejos que la situación particular de horror que vivió la sociedad chilena. Da visibilidad a lo que representa la emigración, las guerras, la violencia en todas sus formas y permite analizar el grave daño que estos episodios de la historia producen en términos de pérdidas, ruptura del tejido social, aparición de formas de subjetivación centradas más en la persecución que en valores como la solidaridad y la confianza, afectaciones psíquicas que se vislumbran en las generaciones presentes y por venir, a nivel de los sujetos, las familias y la sociedad.

Contribuye también a la comprensión de otros procesos acaecidos en América Latina, en regiones donde las luchas entre grupos, los genocidios y la violencia política azotan y destruyen a las poblaciones más vulnerables, la sociedad civil, especialmente a las mujeres y a los niños. La represión política arrasa con seres humanos y con

\* María Isabel Castillo Vergara, *El (im)posible proceso de duelo. Familiares de detenidos desaparecidos: violencia política, trauma y memoria*, Santiago de Chile, Ediciones Alberto Hurtado, 2013.

\*\* Profesora investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

los esfuerzos comunitarios, e instaura el dominio del miedo por la ausencia de garantías, el dolor y la destrucción son incuantificables en estas circunstancias para los ciudadanos y para el desarrollo de la humanidad.

El trabajo de María Isabel Castillo nos perturba desde el inicio y nos convoca a pensar en las formas sociales de la acción política y también a reflexionar y cuestionar nuestras prácticas profesionales en el campo psicoterapéutico.

Su estudio se centra en la sociedad chilena, en familias que han perdido a seres queridos con el golpe de Estado y con la violencia política que lo acompañó, que fueron humilladas con la tortura, la desaparición y el exilio, que han sufrido situaciones de dolor inenarrable y de “traumatismo extremo”.

El escrito de la doctora Castillo nos involucra en el sufrimiento, el dolor, la incertidumbre y la injusticia, y nos remite a la teoría sobre el trauma, sus efectos en la construcción de un futuro y sus resonancias en las angustias y miedos más arcaicos de los sujetos en sucesivas generaciones.

Los aciertos, virtudes y aportes de la autora son múltiples, pero señalaría centralmente el punto de partida para la acción terapéutica ligada al posicionamiento subjetivo del equipo de trabajo. Se aleja de una posible neutralidad para vincularse empáticamente en la problemática de los sujetos desde “un vínculo de compromiso” que parte de la *no* complicidad con la denegación ejercida por el régimen político en relación con los sujetos desaparecidos y con la violencia política. Nos lleva así a una ética de la intervención que se contrapone a los legados profesionales de la neutralidad en el trabajo terapéutico.

La autora, quien nos habla desde su experiencia clínica de largos años con familiares de desaparecidos, incursiona a partir de la historia de Lucía en el miedo crónico que invade la vida cotidiana, lo intolerable y siniestro de las prácticas de la dictadura y las respuestas y estrategias defensivas que implementan los sujetos para seguir sobreviviendo. Pocos textos se encargan de articular y relacionar los problemas psíquicos de los sujetos en situación de guerra con la realidad sociopolítica de los mecanismos de poder y las estrategias del terror.

El golpe de Estado chileno y la instauración del régimen militar posterior, pretendieron –a partir de la muerte, la tortura y la desaparición– acabar con la memoria y la ideología de un pueblo y su gobierno democrático. La violencia y la impunidad generan sentimientos de impotencia, miedo e imposibilidad de desarrollar acciones defensivas. La pluralidad y la solidaridad comunitaria minadas conducen a los sujetos al aislamiento, al miedo y a la distorsión de la información, que actúa sobre los lazos sociales invadiéndolos con sentimientos de desconfianza y persecución. En este contexto de desolación, el trabajo clínico atraviesa retos que requieren de aproximaciones audaces e innovadoras, por ello la autora concluye su recorrido ofreciendo una reflexión sobre los caminos terapéuticos seguidos en su experiencia para ofrecer un trayecto posible de intervención terapéutica que impacta en el aconte-ser traumático, y en una trama donde se asiste a una “batalla de memorias”. Trabajo clínico imposible de remontar sin un reconocimiento social de lo acontecido, y sin la presencia de un otro, terapeuta, acompañado a su vez por un equipo de trabajo. La autora nos dice: “los detenidos desaparecidos aparecen en sociedad una y otra vez en forma dramática, ya que se han inscrito en la memoria social como una deuda que no ha sido resuelta”.

La “traumatización extrema”, “proceso que da cuenta de un tipo de traumatización específica, que ocurre en dependencia de acontecimientos sociopolíticos” (Castillo, 2013:111), es analizada desde la historia de Lucía (caso construido desde un sujeto pero con el entramado de otros, para no violar la confidencialidad), que condensa sentimientos y situaciones posibles de ser resignificadas en los múltiples afectados por la represión.

La doctora Castillo, para iluminar sus reflexiones y su trabajo clínico, recorre varias escuelas y sus aportes a la conceptualización del trauma. Analiza otras experiencias traumáticas que se dieron en la historia como la del holocausto. Recurre a los aportes de los teóricos de la intersubjetividad y de la escuela relacional, y a teóricos del psicoanálisis clásico como Freud, Winnicott, Ferenczi, quienes aportan elementos para comprender la capacidad estructurante de la situación

traumática, poniendo en juego los mecanismos inconscientes más primarios que se caracterizan por la ausencia de representaciones.

El tema de la memoria social es fundamental para acceder al abordaje terapéutico que relata, el reconocimiento social del daño es un factor central para el trabajo terapéutico:

[...] en nuestro quehacer clínico nos constituimos en testigos, en el principio de realidad de nuestros pacientes, señalando que todo lo que les había sucedido —experiencias traumáticas a las que fueron sometidos— verdaderamente ocurrieron, a pesar de la desmentida social existente entonces sobre los hechos de violencia política en el país. Siempre rechazamos la abstinencia y la neutralidad de los terapeutas, dando mayor énfasis al reconocimiento del acontecimiento traumático, para facilitar la curación (Castillo, 2013:110).

Para señalar cómo el acontecimiento traumático marca una discontinuidad en el tiempo, nos habla de una experiencia en el existir, que altera la identidad del sujeto. El sujeto se constituye en una alteridad, en su relación con el otro, por ello se habla de “aconte-ser traumático” y no de situación traumática, es un acontecimiento que afecta al ser del sujeto.

Es valiosa la relación que establece la autora con Antígona, el personaje de la tragedia de Sófocles, para remitirnos a la vivencia de muerto-vivo en la situación de los desaparecidos, no hay posibilidad de duelo sin la certeza de la pérdida, sin los ritos funerarios, éstos han tenido un valor de inscripción simbólica a lo largo de los siglos.

La tragedia de los familiares de desaparecidos no es personal, el sujeto singular es representativo de la situación colectiva y los efectos devastadores por los que atravesó la sociedad chilena. El drama sociohistórico se expresa en el trabajo clínico y en la transferencia como momento fundante del decir. Historias impensables, restos y huellas clandestinas de episodios y recuerdos que han permanecido sepultadas por años, por la imposibilidad de hablar, como efectos del terror al castigo y a la violencia se hacen presentes a partir del trabajo terapéutico.

En el relato de Lucía circulan las respuestas defensivas indispensables para la sobrevivencia como la negación (¿sucedió realmente?), sentimientos de culpa, angustia y desmoronamiento de todos los puntos de referencia que nos acompañan para poder confiar en el otro. Los síntomas corporales son frecuentes frente al derrumbe de la palabra, en un tiempo imposible de significar en lo simbólico. C. Benedetti, desde su experiencia de análisis de psicóticos, habla de “zonas de no existencia” que sólo pueden emerger a partir de la transferencia, ya que son relatos negados a la memoria que emergen respaldados por la escucha y el acompañamiento del otro, relatos que necesitan ser simbolizados, inscriptos en el devenir histórico de un sujeto.

El “miedo crónico” se instaló en la vida cotidiana, las experiencias vividas nos remiten a las vivencias de la locura, vacío existencial, angustia de muerte, que produce una total orfandad y desamparo. La autora alude a “tiempos congelados” que afectan a otras generaciones y que pueden ser actualizados en el proceso analítico. Episodios que se aproximan a la dinámica de la locura, pérdidas sin inscripción, sin rituales, muertos sin nombres, historias sin sujeto. El terapeuta como tercero testimonia la existencia de esos episodios desmentidos por la represión política. Es necesario entonces generar espacios de seguridad para el decir, donde la confianza pueda ser restaurada.

¿Hay una verdad histórica rescatable?, ¿qué lugar ocupa en el trabajo terapéutico?, ¿la recuperación de la memoria es posible en situaciones traumáticas de violencia política? Son preguntas que recorren el texto y que marcan también la historia actual de nuestros países latinoamericanos. La autora nos remite a la memoria social a partir del recorrido por autores como Bettelheim y Misscherlic en su búsqueda de modalidades terapéuticas que ofrezcan alternativas a situaciones complejas y a sus preguntas.

¿En qué sentido y cuáles son las características del duelo cuando toda una sociedad ha sido vulnerada y avasallada por el terrorismo político? Recurre también a Arendt y a Foucault para contextualizar los acontecimientos en el terreno de las relaciones de poder y de la dinámica política, tal como ocurrió en Chile a partir del golpe de Estado de 1973 que acabó con el gobierno de Salvador Allende elegido democráticamente por el pueblo, e instauró un régimen de terror. Es

a partir de Lucía que la autora se pregunta y nos interpela: ¿qué tipo de trauma es el que emerge en estas situaciones?, ¿cómo se entrelazan la memoria individual y la colectiva?, ¿es posible la elaboración de un duelo frente a situaciones de desaparición forzada y qué características tiene?, ¿cómo acceder a lo expulsado de la memoria, cómo romper el secreto, remontar el terror de hablar?, ¿qué efectos produce el hallazgo de las osamentas o cuerpos de los desaparecidos que aparecían sepultados? La irrupción de contenidos traumáticos que fueron previamente sepultados, remiten a culpas, negaciones, disociaciones donde lo personal y lo político aparece a veces desvinculado.

Las reacciones contratransferenciales del terapeuta es también un tema central desarrollado que nos remite a la capacidad de reflexión y a la necesidad de cualidades particulares por parte de los terapeutas. La posibilidad de contacto con el cuerpo, la protección, emergen como intervenciones de *holding* necesarias, “se durmió en la sesión y la tapé”. La memoria no es un atributo del hombre aislado, emerge y se significa en el concierto de voces que la constituyen, polifonía de voces que adquiere un sentido social en la presencia de otros.

La negación de la represión política, la violación de todos los derechos humanos, la pérdida total de garantías de seguridad, remite al sujeto a la soledad de su drama y lo conduce a los límites de la locura y a dudar de sus experiencias vividas. La posición del terapeuta en un vínculo comprometido no neutral que confirma los acontecimientos negados por el Estado y formulados por los sujetos desempeña un rol fundamental en la ruptura del encapsulamiento de los conflictos y sufrimientos en el plano individual. La estigmatización, el secreto, la ocultación, el aislamiento producen culpas que inciden en el sujeto en la construcción y valoración de su pasado y sus vínculos familiares. La reactivación en las terapias de lo traumático y la alianza terapéutica a partir del reconocimiento individual y social de lo acontecido favorece una posible recuperación de la memoria y evaluación de lo sucedido, contribuyendo a una aproximación a un posible duelo por la pérdida de los seres queridos.

¿Marca imborrable, cicatriz, duelo? Queda la interrogación de cómo la sociedad chilena incorpora estas historias de horror y terror en su imaginario social y en su devenir, pero sus formas de relación,

las escisiones, la lucha de las memorias, los mecanismos de represión política, la desconfianza, quedan como una herencia vergonzante del régimen militar como trasmisión a las generaciones futuras.

El rasgo esencial de una comunidad es el vivir y el ser para, señala Lévinas, lo fundamental es el rostro del otro, pero cuando el rostro del otro desaparece, cuando el otro no cuenta, cuando el valor fundante de lo humano pierde sentido, ¿qué caminos son posibles para recorrer tantos duelos que no entierren el dolor profundo de todas las pérdidas?

A partir del trabajo clínico y de su largo compromiso con familiares de desaparecidos, la doctora Castillo no sólo nos relata el sufrimiento y los efectos del horror sino nos muestra una forma de hacer clínica que la lleva a la dilucidación e indagación de un problema que va más allá del territorio de lo psíquico singular para incursionar en el campo de lo social, tomando como apoyatura conceptos como el de memoria social, traumatismo extremo, duelo social. Destaca también la trascendencia de las huellas que se imprimen en el psiquismo incluyendo sus efectos hasta la tercera generación.

A partir de estos elementos propone una modalidad de intervención y trabajo terapéutico que permite al paciente enfrentarse con los hechos de su historia de manera crítica reconociendo el daño y el sufrimiento al que fue sometido sin negarlos ni justificarlos, posición adoptada por la dictadura. Desde este reconocimiento social se hace evidente la imposibilidad de trabajar desde un terreno de neutralidad. Nos muestra al terapeuta en una posición activa y de descolocación que transita de una escucha pasiva, sin voz, a una escucha activa que testimonia como testigo un drama personal pero de carácter social. Abre la posibilidad de una elaboración acompañada, de un sufrimiento injusto compartido por muchos, que nos remite a la necesidad de la inclusión de la sociedad en un duelo por los familiares y semejantes perdidos.

El duelo no significa desprenderse del muerto, ni siquiera olvidarlo. Es ir instalándolo intrapsíquicamente en un lugar inolvidable (Castillo, 2013:166).

